

SUMARIO

- *Editorial: Exigimos respeto por nuestra identidad.*
- *Noticias de la Asociación*
- *"Zaques", para combatir el calor en Fontanarejo*
- *Un pintor barroco oriundo de Los Montes de Toledo*
- *Los Montes de Toledo en las Estampas de Félix Urabayen
(Facsimil páginas centrales)*



Junta de Comunidades de
Castilla-La Mancha
Consejería de Educación y Cultura



REVISTA DE ESTUDIOS MONTEÑOS



Nº. 115

Asociación Cultural Montes de Toledo

REVISTA DE ESTUDIOS MONTEÑOS

Montes de Toledo. Boletín de régimen interior de la Asociación Cultural Montes de Toledo. 3^{er} Trimestre de 2006. Nº. 115. Redacción: Puerta del Cambrón. Dirección Postal: Apdo. 89. Toledo. Telf. 925 25 75 22.- Director: Ventura Leblic.- Consejo de Redacción: Junta Directiva.- www.montesdetoledo.org.- e-mail: montesdetoledo@yahoo.es.- D.L.: TO. 172/1978. Imp.: E. Toledo, S.L.

Editorial

EXIGIMOS RESPETO POR NUESTRA IDENTIDAD

En el diario Lanza de Ciudad Real (18-6-06) y en la Voz de la Sagra (18-8-06) se publican sendos artículos que por lo parecidos parecen salir de un documento único, sobre un Plan Estratégico impulsado por la Diputación de Ciudad Real para el desarrollo social y económico de una pretendida comarca de aquella provincia que llaman "Montes Norte".

Esta Asociación que lleva desde 1977 trabajando por recuperar la señas de identidad de la comarca de los Montes de Toledo e impulsando su desarrollo desde la cultura que nos es común avanzando así en la solidaridad entre los pueblos, como mejor estrategia para su promoción y desarrollo, venciendo localismos y modificando los mío por lo nuestro, nos hemos visto sorprendidos en diferentes ocasiones y en estas que mencionamos en particular, como la comarca de los Montes de Toledo ha desaparecido en Ciudad Real, bien por alguna disposición que ignoramos, bien por falta de información sobre la realidad territorial en el Noroeste de la provincia, por lo que nos sentimos obligados a manifestar:

1º. La comarca de los Montes de Toledo se extiende entre las provincias de Toledo y Ciudad Real, ocupando en ésta los municipios de Alcoba, Arroba, Fontanarejo, Horcajo de los Montes, Navalpino, Navas de Estena y Retuerta del Bullaque que junto con

otros tantos municipios de Toledo formaron una comunidad y tuvieron la misma historia desde el siglo XIII hasta 1827, y pese a que posteriormente fueron repartidos entre las dos provincias mencionadas, nunca han perdido su identidad geográfica, cultural y social. Esta comarca posee sus propias publicaciones, actividades y cultura común. En su territorio se encuentra el Parque Nacional de Cabañeros y otras zonas de gran interés natural, además de un rico legado patrimonial extendido por todo este distrito histórico de los Montes de Toledo.

2°. Esta Asociación que lleva trabajando en la comarca hace treinta años y posee uno de los fondos documentales mas importantes que existen sobre los Montes de Toledo, no ha encontrado ni conoce, ni reconoce ninguna "comarca natural" que lleve el nombre de "Montes Norte" y menos aún conocemos que el territorio de los Montes de Toledo en Ciudad Real halla sido eliminado de los mapas, de la historia y sus habitantes privados de su identidad, siendo absorbidos por los "Montes Norte".

3°. Que todo impulso para desarrollar los pueblos de la comarca de los Montes de Toledo en el territorio provincial de Ciudad Real en un plan que incluye otros municipios afines de los territorios del Noroeste de la Provincia, no solo nos parece elogiabile y oportuno sino que estaremos siempre a disposición de la Diputación de Ciudad Real si lo creen conveniente, siempre y cuando se reconozca la existencia y se respete la identidad de las comarcas incluidas en esos territorios.

4°. Que cuando no se considera la identidad y la existencia de una comarca unida por la geografía, la historia o la sociología desde hace mas de 700 años, cuyo territorio y nombre es anterior a la propia capital de la provincia de C. Real, se nos desconsidera.

5°. Cuando en el siglo XXI la vocación de los pueblos es la desaparición de barreras para mejorar las relaciones entre los hombres y cuando en nuestra Región de Castilla la Mancha, su habitantes pretendemos conocernos e intercomunicarnos para

sentirnos mas Región, estamos convencidos que las comarcas interprovinciales pueden ser uno de los primeros pasos para desarrollar políticas comunes entre las provincias y romper los localismos que de la misma manera que los provincialismos son igual de perniciosos.

6°. Siempre que se respete el nombre de nuestra comarca ya "bautizada" y quede explícito sin inducir a confusión su existencia, a esta Asociación le da exactamente igual que en la Provincia de Ciudad Real se llame a cualquier territorio como mejor parezca a sus autoridades y que incluyan en el mismo las comarcas o zonas geográficas que crean oportunas para su desarrollo.

Noticias de la Asociación

• FIRMA DEL CONVENIO CON LA DIPUTACIÓN

El pasado 24 de julio se firmó un convenio con la Diputación Provincial para poner en marcha programas de divulgación medio ambiental y cultural a través de nuestros medios de difusión escrita e informática.

• PROGRAMA DE EXCURSIONISMO DE OTOÑO

Hemos iniciado el programa de excursionismo para este otoño con una visita en Toledo a dos lugares de actualidad cultural. Conocimos el pequeño museo instalado en el convento de Santa Isabel y la exposición de El Retrato en el Museo de Santa Cruz. Una comida de hermandad sirvió de primera convivencia entra asociados después del verano. En breve se convocará una ruta de senderismo a la Ciudad de Vascos, otra al Hayedo de la Tejera Negra y una última en nuestros Montes.

"Zaques", para combatir el calor en Fontanarejo

El botijo, el abanico y la sombra fueron los grandes utensilios y refugios con los que combatíamos el sofocante calor en muchos pueblos de nuestra provincia, como el mío, en los que la luz eléctrica continua no llegó hasta bien entrados los años sesenta y, por lo tanto, carecíamos de frigoríficos, de neveras, de ventiladores, de aire acondicionado y de ningún otro adelanto electrónico para mitigar el bochorno. Los botijos, junto con los denominados "zaques", que se elaboraban curtiendo las pieles de cabritos o corderos con métodos artesanales; las cubas hechas de madera y las amarillentas cabalazas secas, y que se sacaban de las huertas, eran los singulares recipientes en los que refrescábamos el agua en las casas, en la siega o en la era durante unos calurosísimos veranos que, en lo tórrido, nada tenían que envidiar a los de ahora, cambio climático incluido. En los bares, en las tabernas y en las verbenas se enfriaban las cervezas y las gaseosas metiéndolas en el fondo de un pozo y, más tarde, cubriéndolas con paja y con barras de hielo. Mi tía Pilar me cuenta con gran precisión y con cierta nostalgia cómo, en aquellos años de candil y carburo, descolgaban los sacos llenos de bebidas hasta las profundidades del pozo en la histórica y entrañable verbena ubicada en la calle Don Diego que regentaron sus padres, el tío Domingo y la tía Lorenza, durante muchos agostos. Un recordado recinto en el que las fiestas tenían su máximo exponente de diversión a ritmo de pasodoble y de vals, desgranados con entusiasmo por sencillos conjuntos traídos de fuera en los que no podían faltar el acordeón, el saxo y la batería.

En mi memoria de niño y de adolescente tengo grabados para siempre aquellos intensos días de haces y parva en los que, con la temperatura saliéndose del termómetro, permanecíamos horas y horas sobre la trilla guiando la yunta que, vuelta tras vuelta, iba triturando la miés hasta dejarla lista para, después, someterla a la

acción del viento o de las aventadoras que separarían la paja del grano. Los "trillaores" calmábamos la ardiente sed bebiendo del botijo, de la cuba, o del "zaque" que teníamos colgado en el "sombraje" y al que acudíamos con mucha frecuencia para descansar un rato y para echar un trago de aquel agua que nos sabía a gloria. Hay que aclarar, querido lector, que a media mañana siempre almorzábamos unas riquísimas migas con chorizos, torreznos, pimientos y arrope durante todos los días que duraba la era. Y, claro, entre el succulento plato y las altísimas temperaturas, el sopor, que allí llamamos "garbana", era enorme y la sed aún mayor. Tengo que decir, para perpetuar su memoria, que estaban especialmente deliciosas las migas que elaboraban primorosamente al rescoldo de la lumbre mi querida madre, Brígida Fernández Pavón, o mi tía Basilisa, que en paz descanse.

Ahora, más de cuarenta años después, he aprendido el mecanismo científico por el que los botijos enfrían el agua. Fue hace poco tiempo en una conferencia que dio el bioquímico Ricardo Granja bajo el título "El mecanismo de un botijo". Este científico, que es miembro de la Unidad de Isótopos Radiactivos de la Facultad de Medicina de la Universidad Miguel Hernández de Elche, explicó las claves del porqué enfrían el agua los botijos. Un misterio que a los que, como yo, tenemos hincadas nuestras raíces en la España rural y hemos utilizado, como he dicho, este cacharro a menudo, siempre nos ha parecido una cosa simple pero, a su vez, enigmática. Ahora, por fin, a raíz de las claves dadas por el citado investigador, he podido descubrir que el curioso fenómeno del enfriamiento del agua se produce a través de los poros del recipiente, es decir, por un procedimiento similar al de la sudoración corporal humana a través de la que se refrigera nuestro organismo. Detalló además en su interesante conferencia el profesor Ricardo Granja que el material del que debe estar compuesto un buen botijo "tiene que ser una cerámica basta, un barro muy poroso, por eso -dijo- cuando barnizan un botijo, no sirve". Y, mira por donde, con esta última revelación me aclaraba otra incógnita que tenía yo sin resolver desde que era pequeño y, como he dicho, trillaba en las "Eras de Abajo" de mi pueblo junto con mi primo Federico, hoy director de un colegio menor en Ávila. Ocurrió que alguien de la familia, en

aquel Fontanarejo aún sin luz eléctrica que no disfrutamos hasta el año 1963, compró un nuevo botijo a uno de los que llegaban y recalaban de vez en cuando en el lugar, muchos de ellos, como el tío Juan, en tartana. Recuerdo que era un ejemplar de color rojizo y de unos dos litros de capacidad. Bueno, pues aquel botijo hizo desde el principio el agua templada y no había manera de que la enfriara. Ni colgado al sereno ni colocándolo para que le diera el aire solano, ni al relente de la noche lográbamos que enfriara su contenido. Nada de nada. Al final, aquel inservible cacharro se quedó como adorno sobre un mueble y, de vez en cuando, se utilizaba para regar el suelo antes de barrer, haciendo primorosos dibujillos con el chorrillo del agua. Más tarde, cuando se rompió, terminó sus días como macetero. Para mí que alguien de la familia llegó a quebrarlo en un ataque de calor y también de enojo por su habitual tibieza. Ahora, al cabo de los años, acabo de descubrir que aquel maldito botijo no enfriaba el agua porque no sudaba lo suficiente. Es decir, no refrigeraba todo lo necesario porque alguien, seguramente con el fin de mejorarla estética del recipiente tras la compra, decidió barnizarlo y con ello tapó los poros a través de los que se consigue el denominado "efecto nevera". ¡Si mi madre levantara la cabeza!

LANZA/30-VII-2005
JUSTO MUÑOZ FERNÁNDEZ
*Periodista, subdirector del diario
Información de Alicante*

Un pintor barroco oriundo de Los Montes de Toledo

José Jiménez Ángel nació en Toledo hacia 1656, sabemos que su madre era monteña de Ventas con Peña Aguilera. Comenzó a formarse artísticamente en el estudio del pintor toledano Hipólito Torres con el que permaneció hasta 1676, pasando posteriormente a Madrid donde continuó perfeccionándose por un corto periodo ya que en 1678 estaba de nuevo de Toledo.

Pronto su buen hacer profesional comenzó a destacar en la ciudad introduciéndose en sus círculos artísticos e intensificando su actividad. A finales del siglo XVII fecha en la que comienza a recibir encargos acometerá obras cada vez de mayor envergadura.

Descubrimos su obra en el desaparecido convento de la Vida Pobre, donde le encargaron las pinturas de las pechinas de la cúpula y otras menores. En el monasterio de Santo Domingo el Antiguo pinta en una capilla la Virgen y San Juan. Su fama continúa en alza y su reputación artística entre las instituciones toledanas era muy considerada, tanto que en 1695 era nombrado pintor de la Catedral sucediendo a uno de sus maestros Claudio Coello. En este mismo año el



Ayuntamiento le encarga la decoración de la Sala Capitular y la pintura del techo de la escalera principal del edificio municipal. Algunos le atribuyen el cuadro de la jurisdicción de Toledo y sus Montes.

En nuestra comarca conocemos su obra a través de las pinturas del camarín de la Virgen de los Remedios en Sonseca donde pintó en 1706 diez magníficos murales dedicados a escenas relacionadas con la vida de María que representan la Inmaculada con Dios Padre, la Presentación de la Virgen en el templo, los desposorios de la Virgen, la Anunciación, Visitación, Adoración de los pastores, la Circuncisión de Jesús, Epifanía, huida a Egipto, y la Asunción. En este bello conjunto se refleja la personalidad de un artista maduro, de firme trazo con un gran sentido de la policromía que deje entrever su formación e influencia madrileña y de Rizi o Carreño Miranda. En esta y en otras de sus composiciones se adivina el recurso al grabado de las estampas manieristas holandesas del siglo XVI o incluso contemporáneos a él como Giordano ¹. Además de Sonseca encontramos su obra en algunas obras menores en la Catedral y en la parroquia de San Cipriano donde dejó varias obras que aún se pueden admirar como los dos lienzos llenos de colorido y plasticidad en el centro de la nave, uno de la huida a Egipto y otro el brazo de la Puerta Dorada y otras pinturas de diferente formato de tema religioso.

El claustro del Colegio de Doncellas fue otra obra suya de 1715.

Murió en Toledo el 12 de octubre de 1725, recibiendo sepultura en la iglesia de San Antolín cuando contaba con casi setenta años, ocupando un bien merecido lugar entre los pintores barrocos locales.

¹. Pueden encontrar información sobre el pintor y su obra en la página web de la parroquia de Sonseca y en el libro de Paula Revenga Domínguez: **Pintura y pintores toledanos de la segunda mitad del siglo XVII**. Ed. Fundación Universitaria Española. Madrid. 2001.

Juan José Fernández Delgado

— III —

Los Montes de Toledo
en las
Estampas de
Félix Urabayen



Toledo, 2006

FELIX URABAYEN

Serenata lírica a la vieja ciudad



BE
NET

ESPASA-CALPE, S.A.

En esta obra clásica se trata en consecuencia con la hermosa historia de cómo se
relacionan los edificios, de las ciudades, de las civilizaciones y la historia de las ruinas
de ellas. Concretamente, esta obra pertenece a Federico Coe (1877-1972) y a su
Colección de Estudios de Arte, cuya primera edición se publicó en 1934. Este libro define
qué es el arte y siempre de manera sencilla, directa y clara. Es un libro que siempre ha sido
famoso.



La canción del agua del Hontanar¹

También en esta ocasión, Félix Urabayen se detiene en lo que de relevante le ofrece el camino hasta llegar al lugar de la cita, ahora Hontanar, para adornar sus relatos con comentarios y digresiones con las que añade, además, la nota de amena erudición, humorística a veces y, también, de sincera crítica. Así, empezando ahora la narración en las proximidades de Noez, apunta en su libreta “la pirámide inmensa” de su sierra y las cónicas figuras de cuantos alcores se divisan en el paisaje camino de Gálvez, en uno de los cuales hubo de encumbrarse *Alpuébraga*, “lugarejo de sabor *moruno* perteneciente al cabildo toledano”² desde mediados del siglo XVIII, cuyas ruinas le llevan a parodiar el clásico lamento del siglo XVII: “Estas, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora, campos de soledad”³. A continuación, Urabayen se detiene en lo que le ofrece Gálvez en una rápida impronta: pueblo ancho de casas bajas, “apelotonadas”, iglesia con torre

¹ “La canción del agua en Hontanar”, en *El Solo*, 16 de julio de 1926, núm. 2791, pág. 6. Con esta *estampa*, inicia Félix Urabayen la segunda parte de *Serenata lírica de la vieja ciudad*.

² Durante la Edad Media fue Alpuébrega, llamada también *Alprobiga* y, también, de manera más vulgar *Alpédrega*.

³ Estos versos clásicos están en consonancia con la temática barroca de cantar las ruinas de los edificios, de las ciudades, de las civilizaciones a imitación de *Las ruinas de Ítaca*. Concretamente, esta cita pertenece a Rodrigo Caro (1573-1647) y a su *Canción a las ruinas de Ítaca*, cuyo primer terceto es éste: Estos, Favio, ¡ay dolor!, que ves ahora, / campos de soledad, mustio collado, / fueron un tiempo Itálica famosa”.

mudéjar, pero de corte gótico más que toledano. Pero es la fachada del Ayuntamiento lo que llama su atención al verla recorrida por “misteriosos letreros” que, a la postre, serán los nombres de cuantos gobernantes ha tenido Gálvez desde 1772 hasta 1925, es decir hasta el día de su excursión por estos pagos. Además, esta curiosidad, digna de un “museo de vanidades”, le sirve para rematar su ironía con dos citas clásicas con las que resalta la vanidad de esta legión de “nobles, discretos varones que gobernaron a Gálvez”⁴; y como son muchos los nombres inscritos y sólo un piso el levantado entre todos ellos, acude Urabayen a la común forma que nuestros escritores clásicos habían encontrado para burlarse del río Manzanares, ante la majestuosidad de los puentes madrileños *de Toledo* y *de Segovia* siendo tan escasa su corriente. Así, Góngora, Quevedo, Lope de Vega, etc., dirán que o se compra un río o se vende una puente⁵.

A la salida de Gálvez, encuentra las ruinas de lo que fue castillo-palacio de los condes de Gálvez y Jumela⁶; y más adelante, aparece “la

⁴ Alude a las famosas quintillas que el regidor de Toledo Gómez Manrique, sobrino del Marqués de Santillana y tío de Jorge Manrique, mandó grabar en las casas consistoriales de la ciudad y, aún hoy día, pueden leerse en el referido lugar y aquí anotamos: “Nobles, discretos varones/ que gobernáis a Toledo,/ en aquestos escalones/ deseched las aficiones,/ codicias, temor y miedo./ Por los comunes provechos/ dexad los particulares:/ pues vos fizo Dios pilares/ de tan riquísimos techos,/ estad firmes y derechos”.

⁵ Como ejemplos concretos, valgan los siguientes: el soneto de Góngora (1560-1627) que comienza así: “Duélete de esa puente, Manzanares;/ mira que dice por ahí la gente/ que no eres río para media puente,/ y ella es puente para muchos mares”, los romances de Quevedo (1580-1645) “Manzanares, Manzanares,/ arroyo aprendiz de río...” y el que empieza “Llorando está Manzanares/ al instante que lo digo” y el soneto de Lope de Vega (1562-1635) cuyo título es “Laméntase Manzanares de tener tan gran puente”. También dieron en burlarse del Castillo de San Servando al encontrarlo tan solitario y abandonado y lugar apropiado para duelos y reyertas en los siglos XVI y XVII.

⁶ Fueron señores (y no condes) de Gálvez y Jumela los Suárez de Toledo por merced de Juan II. El matrimonio de Juan Pacheco con Juana Suárez de Toledo hizo que se incorporara el señorío al estado de Montalbán en 1554.

torre de Jumela” como índice de lo que fue todo un pueblo que vio sus orígenes en los tiempos del Alta Edad Media. Como nota general del paisaje, con los montes de Toledo por fondo, alude a la dureza de estas tierras tan poco arcillosas, característica que alza como condicionante de las almas recias de estos pobladores que, a diferencias de otros habitantes que, a pesar de poseer paisajes más benignos buscan la emigración, se aferran a estas tierras de pan llevar. Cientos de olivas jóvenes y recién puestas y los restos empinados del castillo de Dos Hermanas repartidos en dos cerros⁷, anuncian la hidalga villa de Navahermosa, de la que destaca un par de actividades: su laboriosa tarea de plantar cada año numerosos olivares y “el excesivo apego de sus almas directoras por el encanto del Sagrado Corazón”, como pone de manifiesto lo remilgado de la iglesia y sus altares y estatuas. Ante la monumental y generosa fuente de seis chorros, recuerda un poemilla de Enrique de Mesa⁸ y, observando los generosos caños-surtidores, ve que están grabados los nombres de los ediles que la levantaron, por lo que surge de nuevo la zumbona ironía de Urabayen, similar a la desplegada ante la vanidad de los munícipes de Gálvez.

⁷ Las venerables ruinas del castillo de Navahermosa, realmente, se alzan sobre la cima de un sólo cerro visor. Quizá, Urabayen al situar el castillo sobre dos cerros pretenda provocar la evidencia del lector.

⁸ Enrique de Mesa, poeta, prosista y ensayista madrileño, (1878-1929). Como poeta, oscila entre el cultivo de la lírica tradicional (bucólica y popular) y modernista. En cualquier caso, Castilla es el tema central de sus escritos, tanto poéticos como en prosa. En 1905 publicó *El retrato de Don Quijote*, y en 1906 *Tierra y alma*, en donde recoge una serie de impresiones sobre la sierra de Guadarrama. Prueba de su clasicismo es *Cancionero castellano*, y como ejemplo de su pureza estilística *El silencio de la Cartuja* (1916). Dedicó un documentado ensayo a la poesía y a los poetas de *La corte de don Juan II*. En su última época se dedicó a la crítica teatral. Con estos versos, Urabayen se refiere al *Madrigal* titulado “Voz del agua”: “Era pura nieve,/ y los soles me hicieron cristal./ Bebe, niña, bebe! la clara pureza de mi manantial”. Cito por *Antología poética*, de Enrique de Mesa. Ensayo preliminar de Ramón Pérez de Ayala. Madrid. Editorial Espasa-Calpe, col. *Austral*, 1962, págs. 87-88.

Y camino de Hontanar, recuerda el despoblado de Mala Moneda⁹, “donde el azadón erudito podría desenterrar algún hallazgo arqueológico”. La carretera asciende rodeada de exuberante vegetación. Y al final de la cuesta, en una explanada protegida por montes aparecen las casitas dispersas de Hontanar¹⁰, “que más bien parecen palomas picoteando en los huertos”. Un arroyo que discurre por un puente de sólo un ojo y riega feraces huertas, la hiedra creciendo entre la sombra de castaños y nogales, todo ello conforma un remanso idílico en el que pueden acudir “las ondinas que enloquecieron a Heine”. Pero no; sino un par de truchas que, lejos de asustarse, se acercan a los intrusos visitantes como sucede en los estanques artificiales, por lo que sospecha irónico: “A ver si en fuerza de buscar la civilización anterior a Cristo damos con el último grito literario de la *Revista de Occidente*”, creada unos años antes (1925) por Ortega y Gasset.

Ya en el pueblo, habla de la generosidad de esta gente humilde y de la estructura de las casas, en las que “la cocina es el órgano esencial”, y de la forma de vivir y de amar de sus habitantes: “A los costados del hogar... están las camas, de estilo moruno, empotradas en la pared. Los pastores, rendidos de pelear en los hatos con la ventisca y la nieve, caen sobre estos lechos berberiscos sin el menor desvelo erótico. Aquí comen, duermen, y más que amar, anudan la cadena pastoril de la especie”. De las mujeres, dice que están más próximas a las serranas del Arcipreste de Hita que de las graciles y femeninas serranillas cantadas por el marqués de Santillana.

Salir fuera de las casas es salir al campo, porque su “atrio es siempre un verde alfombrín de fronda” y los “hilillos de agua sirven de aceras y, como un cordón umbilical, van uniendo unas a otras las ralas

⁹ En la actualidad este histórico y renombrado despoblado permenece en el más absoluto abandono.

¹⁰ En numerosas ocasiones, gusta Urabayen de provocar a los eruditos “a la violeta”, como en esta ocasión al decir que *hontanar* significa “fuente” en árabe.

casitas de techumbre pajiza y parras trepadoras que sirven de bardas”. La guasa de Urabayen surge de nuevo al referirse al tejedor que humea junto al Ayuntamiento, por lo que “el humo permite al secretario trabajar durante algunas horas, como un buen “gentleman”, entre una honorable niebla perfectamente londinense...”.

Todo es plena naturaleza, plena naturalidad, pues todos los funcionarios son interinos y no hay ni luz eléctrica, ni coches, ni llega *El Debate*¹¹, ni tampoco el *ABC*; y tal es así, que en Hontanar se citan todos los “encantos” de la vida primitiva, pero que deben de angustiar a al hombre de la ciudad, sobre todo, al llegar la noche, pues “una cosa es la literatura y otra, mucho menos soportable, la Naturaleza en su propia salsa y sin afeites urbanos”. Además, la naturaleza y las inclemencias del tiempo se convierten en férreos condicionantes de la forma de vida de estos esforzados habitantes: los pastores bajan de vez en cuando al pueblo y, a veces, “bloqueados por la nieve”, tienen que quedarse varios meses en los altos “con escasísimas provisiones”; a su vez, las mujeres, “sin necesidad de ser vírgenes”, se encargan de todo lo relacionado con la casa y de cuidar a los hijos, y de cultivar los huertos y “echan al mundo un pastorcillo anual”. En fin; tan hacendosas como las hormigas, lo que no impide que gusten de alegrarse las mañanas con algunas copitas de aguardiente, “debilidad” ésta a la que no es ajeno “el ciudadano del libre país de los rascacielos y la *ley seca*”.

Todo esto lo cuenta Urabayen en una primera secuencia. La segunda, mucho más breve, la inicia con los mismos versos de Enrique de Mesa ya citados, que le sirven para retomar la imagen de que se sirvió para aludir a las aceras aldeanas como “hilos cristalinos”. Y, a partir de aquí, mediante la anáfora, hace una sentida glosa a estos regatillos “que bajan inocentes buscando los bancales de cerezos y perales florecidos”; y a “la divina gracia de esta nieve fundida”, que convierte el valle en un “huerto perenne”; y a su “fecunda canturria”, que hace “fresca, blanda, juvenil y enamorada” la marchita y sudorosa piel de castilla; y, en fin, al mágico poder

¹¹ Periódico conservador de gran tirada en el primer tercio del siglo XX.

de esta agua procedente de los caños abiertos en las laderas, que mantienen siempre húmedo estos parajes que sabe “a hierba y plegaria”. Termina con un apóstrofe en el que alude al “agua milogrosa”, a la “Arcadia humilde”, a “madrigales” y a “humanos nidos colgados entre huertos”. “¡Qué grato ha de ser dormirse al arrullo de tu dulce ritmo, que baja de la montaña repitiendo la canción del agua del Hontanar!...”.

Cierra esta deliciosa *estampa* con versos de Enrique Mesa, que componen el estribillo de la “Voz del agua”.

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO



DN camino blanco y tortuoso rasga la amarilla pelusa de los trigales, dejando a un lado la pirámide inmensa de Noez, para dirigirse recto en busca de Gálvez, el pueblo grande y algo destartalado que separa las villas de Navahermosa y Polán.

En uno de los montículos del camino, pelados como calva burocrática, estuvo Alpuébraga, lugarajo de sabor moruno perteneciente al cabildo toledano. No nos atrevemos a emplazarlo, ni aun hipotéticamente. Los alcores abundan, y todos tienen la misma agria catadura e igual desnudez ascética. Todos son propicios para asentar un feudo eclesiástico. En la duda, nos conformaremos con parodiar el lamento clásico: «Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora, campos de soledad...»

Este buen pueblo de Gálvez cobija a unas gen-

tes sobrias, trabajadoras y bastante violentas de carácter. Cuestión de medio quizá; no es bucólico ni pastoril precisamente el ambiente. Casas bajas, apelotonadas y pobres; una iglesia con torre mudéjar —no el mudéjar toledano, sino otro de reminiscencias góticas— y la Casa Consistorial, hecha en piedra labrada y cubierta de misteriosos letreros que me intrigan en el acto. ¿Acaso inscripciones árabes? ¿Leyendas evocadoras, tal vez, de algún hecho glorioso? Me acerco engolosinado, y en efecto. Son los nombres de todos los munícipes que restauraron la vivienda nada menos que desde 1772 a 1925. ¡Curioso documento para un museo de vanidades! Y el caso es que, a pesar del sudoroso desvelo de esta legión de «nobles, discretos varones que gobernaron a Gálvez...», sólo han logrado levantar un piso. De modo que para pasar a la Historia sobran letreros o faltan ladrillos...

Hay también unas ruinas microscópicas de cierto castillo-palacio propiedad de los poderosos condes de Gálvez y Jumela, unos buenos señores afincados en Toledo a principios del siglo XVI, que tuvieron derecho de portazgo sobre Alcántara o sobre San Martín, no estamos muy seguros. Por cierto que vivían hacia Santa Isabel, en el palacio de D. Pedro el Cruel, morada que fué también del Greco a fines del mismo siglo, hasta que se

trasladó definitivamente a la de los marqueses de Villena. Y no damos más chispas eruditas. A pesar de que venimos llenos de buena voluntad, nos es imposible fantasear ante estas piedras maltrechas.

Unos kilómetros después divisamos la torre de Jumela, único rastro que se conserva de todo un pueblo. Dicen que los últimos supervivientes del paludismo tuvieron que refugiarse en Navahermosa. ¡Bien haya en la otra vida el buen conde de Gálvez, que se quedó sin un vasallo por falta de quinina!

Confinando con el horizonte, los montes de Toledo forman inmensas pellas de tierra obscura, que tocan el cielo limpio y lejano. En barbechos y pedrizas el sol mañanero pone visos rojos sobre estas tierras de poca miga, formadas por óxidos de hierro y granito en descomposición. Y así encendidas, nos recuerdan los sangrantes corazones milagrosos de algunos cromos religiosos. Para que este suelo nada arcilloso dé cosechas recias, forzosamente el sudor ha de llevar mucha sangre. Cuanto más la besa el sol más roja es la tierra, como si toda la sanguínea pujanza de la gleba corriera bajo los labrados surcos de su corteza retostada. ¡Qué duras tienen que hacerse las almas en un ambiente tan hosco!

Lo curioso es que esta gente no emigra jamás. Por la carretera desnuda no se desangra la raza, como en el Pirineo o en Gredos, donde el paisaje es tierno y acogedor. Una fuerza secreta y honda ata sus hijos a la piel castellana, mientras otros hombres que nacieron al cobijo del árbol y entre el mimo de los prados huyen en bandadas camino de las Pampas en busca de un campo gemelo al de Gálvez. Y no vale alegar la fecundidad. Aquí la mujer es tan fecunda como en la montaña, y de contera, el gañán no tiene un palmo de tierra suyo. Luego hay indudablemente un ignorado encanto, una ternura hacia el erial, vedada a los ojos del peregrino, pero latente en las carnes de esta tierra, que sólo se entrega al que suda, vive y muere sobre ellas...

Ya nos vamos acercando a Navahermosa. Brota el árbol, y los olivos salpican las tierras de panllevar. Vela a la noble villa el castillo de Dos Hermanas; mejor dicho, sus ruinas, repartidas en dos cerros, donde un Barba Azul árabe solía desayunarse con las más frescas y sazonadas doncellas del contorno.

Los escasos minutos que permanecemos en el pueblo los dedicamos a figonear un poco. Hay muchas casas de moderna traza; una de ellas, barroca como un palacio galo, alberga en sus aleros

centenares de golondrinas. Las alas de estas aves, al tocar sus nidos, nos hacen recordar las notas del canto llano miniadas sobre el pergamino de un santoral. No se ven porches; alguna reja antigua alterna con el balcón ciudadano.

Todos los años la hidalga villa de Navahermosa enguirnalda sus aledaños con cientos de olivos nuevos. Se ha decidido a sacudir su pereza, y va ya en plena ascensión dinámica, algo lentamente, debido al excesivo apego de las almas directoras por el encanto del Sagrado Corazón. Pueblo en general pobre, para la iglesia siempre tiene dinero. No hay más que mirar los altares: destilan todos ese churriguerismo religioso y pulcro de las cremas arquitectónicas, tan acreditadas por jesuitas y carmelitas.

Pero dejemos apreciaciones a un lado, no nos salga otro alcalde blandiendo un cirio o, como en Illescas, tremolando un pergamino feudal. Limitemonos a beber la famosa agua de Navahermosa, que seis caños magníficos arrojan día y noche sobre una fuente monumental. Ante este chorro tan fresco, tan cantarín y limpio no hemos podido menos de recordar con unción la inspirada serranilla de Enrique de Mesa:

Era pura nieve,
y los soles me hicieron cristal...

—¡Zambomba! —exclamamos, dando un respingo que rompe el sereno ritmo de la divina poesía—. ¡Hasta en los caños están grabados los nombres de los ediles que levantaron la fuente! ¡Señores, qué obsesión del anuncio! Por cierto, que el primero es el del alcalde, y se llama Aguado. Rima muy bien, no cabe negarlo; pero ha sido lo bastante para aguarnos la inspiración...

El caso es que no hemos venido a Navahermosa, sino a Hontanar, y aunque, por lo visto, aquí abunda lo pintoresco, urge seguir adelante, no hacia el ruinoso castillo de Mala Moneda, donde el azadón erudito podría desenterrar algún hallazgo arqueológico, sino por el puente, siguiendo el cauce de un arroyo que camina entre huertas feracísimas.

Al compás de esta fecunda hoya, empieza la carretera a escalar un trozo de sierra, que tapa su calvicie con flores de jara, enebros y arbustillos montañeses. Entre el árbol y el agua van dulcificando un poco la angustia del paisaje castellano. Al final de la cuesta, y sobre una explanada protegida por los montes, hay una aldea dispersa, humilde, de casas tan chatas y limpias, que más bien parecen palomas picoteando en los huertos. Este corro de chocitas blancas, cuyo atrio es siempre un verde alfombrín de fronda, se llama Hon-

tanar, que en árabe, según nos dicen, significa «fuente».

Atravesamos un rústico puentecillo de insospechada gracia. El arroyo serrano, luego de enjugar su llanto en los pañuelos de huerta que asoman al camino, se hunde formando una pequeña presa en el único ojo de este puente. Entre las piedras y el agua crece la hiedra al sombraje de castaños y nogales, que acrecientan la dulzura del remanso dormido. Miramos al fondo, por si allí se esconden las ondinas que enloquecieron a Heine; pero sólo descubrimos dos magníficas truchas de lomo azul, que en vez de huir se acercan confiadas a la superficie. Sus brillantes escamas me escaman un poco. ¿No estarán estas truchas domesticadas, como en los estanques artificiales? A ver si en fuerza de buscar la civilización anterior a Cristo damos con el último grito literario de la *Revista de Occidente*.

Ya dentro del pueblo, un vecino se apresura a ofrecernos su casa. Otros dos que en seguida se acercan nos hacen ofrecimientos análogos. Cuanto más humilde es un lugar, más hospitalario. Cierta amigo mío que tiene el humorismo genial de veranear aquí se agrega a la caravana.

Todas estas casucas chatas, aun más chicas que las sagreñas, se parecen a las de la sierra de Gre-

dos. Un poco más anchas y dispersas las de Hontanar, tienen además su corraliza para el ganado, con dos puertas de entrada, una a la cocina y otra a las habitaciones interiores, que nunca llegan a tres.

La cocina es el órgano esencial de la casa: es todo o casi todo. A los costados del hogar —con chimenea muy baja, para amenguar el humo— están las camas, de estilo moruno, empotradas en la pared. Los pastores, rendidos de pelear en los hatos con la ventisca y la nieve, caen sobre estos lechos berberiscos sin el menor desvelo erótico. Aquí comen, duermen, y más que amar, anudan la cadena pastoril de la especie. Es el pueblo donde se ven más críos por la calle. En cuanto a las mujeres, altas y recias, nos parecen más cerca de los espesos versos del arcipreste que de las artificiosas serranillas de Santillana...

Salimos a la calle, esto es, al campo, pues en Hontanar no hay caminos, ni empedrado, ni nada que recuerde la alineación urbana. Los hilillos de agua sirven de aceras y, como un cordón umbilical, van uniendo unas a otras las ralas casitas de techumbre pajiza y parras trepadoras, que ofician de bardas. En algunos casos, el pañuelo de verdura está adosado a una roca que sirve de ábside al pintoresco edificio.

SERENATA LIRICA A LA VIEJA CIUDAD

La iglesia, por excepción, tiene una placita muy cuca. Y el Ayuntamiento, por no ser menos, posee también su buena explanada de tres metros escasos; explanada que es a la vez tejár, y así el humo permite al secretario trabajar durante algunas horas, como un buen *gentleman*, entre una honorable niebla perfectamente londinense...

El resto del pueblo está todo en cuesta: sube, baja, trisca y cambia, como en las aldeas norteafricanas. Y el caso es que no se parecen en nada ambos paisajes. La tierra, en éste, es dura, sombría, áspera, sin un matiz femenino, ni un rincón dulce, ni un prado jugoso. La atmósfera, sí: es limpia y clara, tanto, que nos parece tocar la enorme ola de montañas que avanzan montadas unas sobre otras, como un mar petrificado en plena galerna.

¡Admirable pueblo, pobre y feliz! Aquí se puede vivir tranquilo. Curas, alcaldes, maestros, secretarios, todos interinos, toda gente de paso. ¡Ni luz eléctrica, ni automóviles, ni *El Debate*, ni el *A B C*. Mucho cerdo, mucha cabra, muchas moscas, mucha avispa y bastante paludismo. Nidos de cigüeña en las torres, y en las pedrizas, víboras, de las que no es preciso guardarse tanto como en la ciudad. Abundan también los lagartos, tan grandes, que a nosotros nos parecen cocodrilos. Todos

los encantos, en suma, de la vida primitiva. ¡Qué angustia deben de sentir en este retiro los nervios civilizados al llegar la noche! Porque una cosa es la literatura y otra, mucho menos soportable, la Naturaleza en su propia salsa y sin afeites urbanos...

Nos sentamos en un huertecillo sobre la hierba, con prevención harto natural, a pesar de que los indígenas nos juran por todos los santos del lugar que las víboras no suben aquí. Mientras comemos, los pastores nos relatan lances de su pelea diaria con la sierra brava; su fatalismo moro para luchar contra el frío y la nieve, contra el lobo y el zorro, la culebra y el mosquito. Bajan raramente a Hontanar, y en ocasiones, bloqueados por la nieve, resisten dos y tres meses con escasísimas provisiones. Son igual que sus rebaños: duros, fibrosos, saltarines y recios de estómago.

Por su parte, las mujeres, sin necesidad de ser vírgenes, mantienen encendida la lámpara del hogar doméstico. Ellas solas cultivan los huertos, trajinan y se afanan como hormigas y echan al mundo un pastorcillo anual. Sólo se les conoce cierta debilidad intelectual por el culto mañanero del aguardiente, debilidad que, por otra parte, aqueja lo mismo al ciudadano del libre país de los rascacielos y la «ley seca»...

Era pura nieve,
y los soles me hicieron cristal...

Y estos hilos cristalinos, azules y retozones, son las aceras del pueblo: veredas inquietas que bajan incesantes buscando los bancales de cerezos y perales florecidos. Por la divina gracia de esta nieve fundida, la honda angostura del monte se ha convertido en un huerto perenne. Por la fecunda canturía de estos regatos diamantinos que buscan la llanada con voz apagada y tembloroso anhelo, la faz palúdica de Castilla, hija legítima de la marchita y sudorosa piel de Ceres, se hace fresca, blanda, juvenil y enamorada. Por el maravilloso poder de este agua que mana eternamente de los enormes pozos abiertos en las laderas del monte, bajo el abanico sombrío de los árboles, el ambiente húmedo sabe, como en el Norte, a hierba y a ple-

FELIX URABAYEN

garia. ¡Agua milagrosa, que cambias este olvidado
lugarejo en Arcadia humilde, con madrigales de
fronda y humanos nidos colgados entre huertos!
¡Qué grato ha de ser dormirse al arrullo de tu
dulce ritmo, que baja de la montaña repitiendo la
canción del agua en Hontanar!...

Bebe, niña, bebe
la clara pureza de mi manantial...

FELIX URABAYEN

garia. ¡Agua milagrosa, que cambia este olvidado
lugarejo en Arcadia humilde, con madrigales de
fresca y humilde nidos colgados entre huertos!
¡Qué grato ha de ser dormir al arrullo de tu
dulce ritmo, que baja de la montaña repitiendo la
canción del agua en Hontanar!...

Este
la obra

